

José Lezama Lima

MUERTE DE  
NARCISO

Ediciones El Salvaje Refinado

<http://publicatolibro.net>

<http://www.salvajerefinado.com>

## MUERTE DE NARCISO

Dánae teje el tiempo dorado por el Nilo,  
envolviendo los labios que pasaban  
entre labios y vuelos desligados.  
La mano o el labio o el pájaro nevaban.  
Era el círculo en nieve que se abría.  
Mano era sin sangre la seda que borraba  
la perfección que muere de rodillas  
y en su celo se esconde y se divierte.

Vertical desde el mármol no miraba  
la frente que se abría en loto húmedo.  
En chillido sin fin se abría la floresta  
al airado redoble en flecha y muerte.  
¿No se apresura tal vez su fría mirada  
sobre la garza real y el frío tan débil  
del poniente, grito que ayuda la fuga  
del dormir, llama fría y lengua alfilereada?

Rostro absoluto, firmeza mentida del espejo.  
El espejo se olvida del sonido y de la noche  
y su puerta al cambiante pontífice entreabre.  
Máscara y río, grifo de los sueños.  
Frío muerto y cabellera desterrada del aire  
que la crea, del aire que le miente son  
de vida arrastrada a la nube y a la abierta  
boca negada en sangre que se mueve.

Ascendiendo en el pecho solo blanda,  
olvidada por un aliento que olvida y desentraña.  
Olvidado papel, fresco agujero al corazón  
saltante se apresura y la sonrisa al caracol.

La mano que por el aire líneas impulsaba,  
seca, sonrisas caminando por la nieve.  
Ahora llevaba el oído al caracol, el caracol  
enterrando firme oído en la seda del estanque.

Granizados toronjiles y ríos de velamen congelados,  
aguardan la señal de una mustia hoja de oro,  
alzada en espiral, sobre el otoño de aguas tan hirvientes.  
Dócil rubí queda suspirando en su fuga ya ascendiendo.  
Ya el otoño recorre las islas no cuidadas, guarnecidas  
islas y aislada paloma muda entre dos hojas enterradas.  
El río en la suma de sus ojos anunciaba  
lo que pesa la luna en sus espaldas y el aliento que en halo convertía.

Antorchas como peces, flaco garzón trabaja noche y cielo,  
arco y cestillo y sierpes encendidos, carámbano y lebrel.  
Pluma morada, no mojada, pez mirándome, sepulcro.  
Ecuestres faisanes ya no advierten mano sin eco, pulso desdoblado  
los dedos en inmóvil calendario y el hastío en su trono cejijunto.  
Lenta se forma ola en la marmórea cavidad que mira  
por espaldas que nunca me preguntan, en veneno  
que nunca se pervierte y en su escudo ni potros ni faisanes.

Como se derrama la ausencia en la flecha que se aísla  
y como la fresa respira hilando su cristal,  
así el otoño en que su labio muere, así el granizo  
en blando espejo destroza la mirada que le ciñe,  
que le miente la pluma por los labios, laberinto y halago  
le recorre junto a la fuente que humedece el sueño.  
La ausencia, el espejo ya en el cabello que en la playa  
extiende y al aislado cabello pregunta y se divierte.

Fronda leve vierte la ascensión que asume.  
¿No es la curva corintia traición de confitados mirabeles,  
que el espejo reúne o navega, ciego desterrado?  
¿Ya se siente temblar el pájaro en mano terrenal?  
Ya sólo cae el pájaro, la mano que la cárcel mueve,  
los dioses hundidos entre la piedra, el carbunco y la doncella.  
Si la ausencia pregunta con la nieve desmayada,  
forma en la pluma, no círculos que la pulpa abandona sumergida.

Triste recorre-curva ceñida en ceniciento airón-  
el espacio que manos desalojan, timbre ausente  
y avivado azafrán, tiernos redobles sus extremos.  
Convocados se agitan los durmientes, fruncen las olas  
batiendo en torno de ajedrez dormido, su insepulta tiara.  
Su insepulta madera blanda el frío pico del hirviente cisne.  
Reluce muelle: falsos diamantes; pluma cambiante: terso atlas.  
Verdes chillidos: juegan las olas, blanda muerte el relámpago en sus  
venas.

Ahogadas cintas mudo el labio las ofrece.  
Orientales cestillos cuelan agua de luna.  
Los más dormidos son los que más se apresuran,  
se entierran, pluma en el grito, silbo enmascarado, entre frentes y  
garfios.  
Estirado mármol como un río que recurva o aprisiona  
los labios destrozados, pero los ciegos no oscilan.  
Espirales de heroicos tenores caen en el pecho de una paloma  
y allí se agitan hasta relucir como flechas en su abrigo de noche.

Una flecha destaca, una espalda se ausenta.  
Relámpago es violeta si alfiler en la nieve y terco rostro.  
Tierra húmeda ascendiendo hasta el rostro, flecha cerrada.  
Polvos de luna y húmeda tierra, el perfil desgajado en la nube que es  
espejo.

Frescas las valvas de la noche y límite airado de las conchas  
en su cárcel sin sed se desbancan los brazos,  
no preguntan corales en estrías de abejas y en secretos  
confusos despiertan recordando curvos brazos y engaste de la frente.

Desde ayer las preguntas se divierten o se cierran  
al impulso de frutos polvorosos o de islas donde acampan  
los tesoros que la rabia esparce, adula o reconviene.  
Los donceles trabajan en las nueces y el surtidor de frente a su sonido  
en la llama fabrica sus raíces y su mansión de gritos soterrados.  
Si se aleja, recta abeja, el espejo destroza el río mudo.  
Si se hunde, media sirena al fuego, las hilachas que surcan el invierno  
tejen blanco cuerpo en preguntas de estatua polvorienta.

Cuerpo del sonido el enjambre que mudos pinos claman,  
despertando el oleaje en lisas llamaradas y vuelos sosegados,  
guiados por la paloma que sin ojos chilla,  
que sin clavel la frente espejo es de ondas, no recuerdos.  
Van reuniendo en ojos, hilando en el clavel no siempre ardido  
el abismo de nieve alquitarada o gimiendo en el cielo apuntalado.  
Los corceles si nieve o si cobre guiados por miradas la súplica  
destilan o más firmes recurvan a la mudez primera ya sin cielo.

La nieve que en los sistros no penetra, arguye  
en hojas, recta destroza vidrio en el oído,  
nidos blancos, en su centro ya encienden tibios los corales,  
huidos los donceles en sus ciervos de hastío, en sus bosques rosados.  
Convierten si coral y doncel rizo las voces, nieve los caminos  
donde el cuerpo sonoro se mece con los pinos, delgado cabecea.  
Mas esforzado pino, ya columna de humo tan aguado  
que canario en su aguja y surtidor en viento desrizado.

Narciso, Narciso. Las astas del ciervo asesinado  
son peces, son llamas, son flautas, son dedos mordisqueados.  
Narciso, Narciso. Los cabellos guiando florentinos reptan perfiles,  
labios sus rutas, llamas tristes las olas mordiendo sus caderas.  
Pez del frío verde el aire en el espejo sin estrías, racimo de palomas  
ocultas en la garganta muerta: hija de la flecha y de los cisnes.  
Garza divaga, concha en la ola, nube en el desgaire,  
espuma colgaba de los ojos, gota marmórea y dulce plinto no  
ofreciendo.

Chillidos frutados en la nieve, el secreto en geranio convertido.  
La blancura seda es ascendiendo en labio derramada,  
abre un olvido en las islas, espadas y pestañas vienen  
a entregar el sueño, a rendir espejo en litoral de tierra y roca impura.  
Húmedos labios no en la concha que busca recto hilo,  
esclavos del perfil y del velamen secos el aire muerden  
al tornasol que cambia su sonido en rubio tornasol de cal salada,  
busca en lo rubio espejo de la muerte, concha del sonido.

Si atraviesa el espejo hierven las aguas que agitan el oído.  
Si se sienta en su borde o en su frente el centurión pulsa en su  
costado.  
Si declama penetran en la mirada y se fruncen las letras en el sueño.  
Ola de aire envuelve secreto albino, piel arponeada,  
que coloreado espejo sombra es del recuerdo y minuto del silencio.  
Ya traspasa blancura recto sinfín en llamas secas y hojas lloviznadas.  
Chorro de abejas increadas muerden la estela, pídenle el costado.  
Así el espejo averiguó callado, así Narciso en pleamar fugó sin alas.

JOSÉ LEZAMA LIMA  
(1910 – 1976)

Nace el 19 de diciembre de 1910 en el Campamento de Columbia, en las proximidades de La Habana, donde su padre era coronel. Ya en la capital, participa en los alzamientos estudiantiles contra la dictadura de Machado y se matricula en Derecho. Desde 1929 hasta su muerte, vivirá primero con su anciana madre y, más tarde, con su esposa en una casa de la parte vieja de la ciudad, tolerado a duras penas por el régimen, y sólo abandonará la isla durante dos breves estancias en México y Jamaica. Poeta, ensayista y novelista, patriarca invisible de las letras cubanas, desde 1944 hasta 1957. Fundó la revista *Verbum* y estuvo al frente de *Orígenes*, la más importante de las revistas cubanas de literatura. Obeso y asmático desde la infancia, muere el 9 de agosto de 1976.

Conocedor profundo de Góngora, Platón, los poetas órficos y los filósofos gnósticos, Lezama compendió su vida en el amor a los libros. Su obra culterana está saturada de claves, enigmas, alusiones, parábolas y alegorías que aluden a una realidad secreta, íntima y, al mismo tiempo, ambigua. Desarrolló una erótica de la escritura, anticipándose, de esta manera, a las corrientes europeas de la estilística estructuralista. Sus ensayos son imaginativos, poéticos, abiertos y constituyen una recreación de textos y visiones. Promotor de revistas y cenáculos, supo congregarse en torno suyo a poetas de la talla de Gastón Baquero, Cintio Vitier, Eliseo Diego, Virgilio Piñera y Octavio Smith, entre otros. Su amistad con el poeta y sacerdote español Angel Gaztelú (1914), contribuyó a la formación de su mundo espiritual.

Su primer libro de poemas fue *Muerte de Narciso* (1937), y con él emplaza al lector frente a una situación límite de la realidad de cuyo desmantelamiento surge otra realidad artísticamente potenciada y reconstruida dentro de una fascinante y barroca mitología. Siguen, entre otras obras poéticas, todas influidas por el estilo rico en metáforas y lleno de distorsiones de Góngora, *Enemigo rumor* ¡1941!, *Aventuras sigilosas* (1945), *Dador* (1960) y *Fragmentos a su imán*, publicado póstumamente en 1977, en las que sigue demostrando que la poesía es una aventura arriesgada.

En 1966 publicó la novela *Paradiso*, donde confluye toda su trayectoria poética de carácter barroco, simbólico e iniciático. El protagonista, José Cemí, remite de inmediato al autor en su devenir externo e interno camino de su conversión en poeta. Lo cubano, con sus deformaciones verbales, desempeña un papel fundamental en la obra, como ocurre en su colección de ensayos *La cantidad hechizada* (1970). *Oppiano Licario* es una novela inconclusa, aparecida póstumamente en 1977, que desarrolla la figura del personaje que ya aparecía en *Paradiso* y de la que toma título. Lezama Lima ha influido inmensamente en numerosos escritores hispanoamericanos y españoles, algunos de los cuales llegaron a considerarle su maestro, como es el caso de Severo Sarduy.

info@salvajerefinado.com  
www.salvajerefinado.com

<http://www.publicatolibro.net>